

San Antoñito. San Antoñito es una de las obras de corte psicológico, de Carrasquilla, es un relato en el que el autor muestra un especial interés por hacer un análisis interno o psicológico de los personajes, en este caso, el de el protagonista del cuento, un muchacho llamado "Damiancito Rada". Semejante a lo que sucede en otros cuentos de Carrasquilla, San Antoñito tiene una intención moral. El autor logra realizar esta intención practicando un sondeo introspectivo en el alma de Damiancito Rada, joven que valiéndose de su apariencia pobre y desgraciada, y fingiendo bondad, consigue ganarse el cariño y confianza de una monja y de muchas señoras piadosas, entregadas de tiempo completo al servicio de Dios. En este cuento, Carrasquilla utiliza una vez más el tema religioso, sólo que tomándolo en una faceta equívoca y burlona, para así presentar una dura crítica al fanatismo religioso propio de la sociedad rural decimonónica colombiana. Damiancito pasa como un santurrón, aunque en realidad está muy lejos de serlo, que consigue con sus artificios y mentiras embaucar y sacar provecho de un grupo de viejas rezanderas, cuya devoción y cariño por el muchacho a quien llegan a llamar San Antoñito, las lleva al extremo de divinizarlo. En esta ocasión Carrasquilla se burla de las convicciones religiosas que degeneran en idolatría personal. La obra puede ser tomada como una versión satírica del caso de muchas personas, quienes creen ver en las virtudes de los demás una proyección de sí mismas. San Antoñito es el fruto de la imaginación y la idolatría de unas beatas. El personaje central, Damián Rada, es una mezcla de engaño y burla solapada. A lo largo de todo el relato hay una burla constante a la mentalidad religiosa de los protagonistas. Es evidente el sarcasmo que se encierra en la caracterología que el autor da del santo ideal y reflejando la concepción típica de las mujeres beatas, el cual debe contar, como atributos indispensables, con un físico deplorable, una fealdad repulsiva y un temperamento solapado en extremo. Esos defectos, de un modo paradójico, llegan a convertirse para los personajes femeninos del relato en verdaderas cualidades morales. Para ellas, sólo al final la naturaleza del santurrón se revela como lo que realmente es: una suma insuperable de defectos. Con esta crítica, el autor muestra la superficialidad de las convicciones religiosas en las que suelen caer las beatas. El contraste de este triste caso radica en la comprobación de que tras la excesiva religiosidad de aquellas mujeres no existe nada religioso: el excesivo celo que ponen estos personajes en la parte exterior del catolicismo, la adoración de imágenes; la convicción de que en el semblante apabullado y antinaturalmente apocado de un joven puede leerse la virtud de su alma, es el factor que promueve la equivocación

Damián no es culpable, como ellos, de error; en un principio él no tenía el propósito de engañar a nadie, fueron las mujeres las que quisieron convertirlo en un santo y las que le mostraron los beneficios que podía sacar si actuaba convenientemente, gustándose a los ideales que ellas, a fuerza de ciega fe, querían ver en él. En cuanto a la pureza de las intenciones de las beatas y a sus ideales de santidad, el autor llega a insinuar ciertas anomalías que hacen sospechar que no es sólo el ideal religioso el que las mueve a adorar de manera tan entrañable al protagonista. Ellas son mujeres solas, con los desperdiciados años de su juventud pensando como un terrible fardo en sus conciencias solitarias, que saben que por delante sólo tienen una vejez amarga y que ya no tienen otra oportunidad para hacer sus vidas. El idealizado muchacho, después de todo, es como el hijo que ellas nunca pudieron concebir o el hombre al que jamás pudieron acercarse. Fulgencita, la más maternal de las dos hermanas y, quizás por eso mismo la más débil, es quien nos permite sospechar la existencia en su corazón de un amor puramente humano hacia ese muchacho, amor que esconde, para guardar los formalismos sociales, tras el velo de la adoración religiosa. A través de este relato, se puede percibir el fetichismo característico de la sociedad antioqueña del siglo XIX. Pero, más que el valor religioso, lo tiene el estudio que hace el autor de los comportamientos humanos, que derivan de la religiosidad o que se esconden en

ciertas manifestaciones particulares de una religiosidad que ha acabado por degenerar en fetichismo y tras la imagen se debaten terribles conflictos psicológicos y sociológicos.